LOLES LÓPEZ

¡NI UNA BODA MÁS!

booket

Loles López

¡Ni una boda más!

Esencia/Planeta

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2021
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 9.357-2021
ISBN: 978-84-08-24441-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1

Se detuvo un instante para observar cómo amanecía, cómo se teñía el cielo de naranja, en distintas tonalidades, avisando con esos colores tan vivos de la llegada de un nuevo día. Se echó el cabello hacia atrás y siguió corriendo, de vuelta a casa de su abuela, observando las calles vacías, la tranquilidad reinante en el pequeño pueblo, escuchando el silencio solo roto por el canto de los pájaros y sus pisadas impactando sobre el duro asfalto. Sintió sobre su piel el viento húmedo procedente del río que le daba nombre a aquel encantador pueblo que parecía sacado de una máquina del tiempo, pues parecía que para él no transcurriesen los años, anclado a principios del siglo XIX, y cerró los ojos para llenarse de toda esa energía positiva que siempre hallaba en ese lugar.

Sonrió al observar la casa de su abuela; la fachada azul pastel, las contraventanas blancas y el marco de estas pintado de rojo oscuro le daban un aspecto tan encantador como único. Subió los tres peldaños que separaban el pequeño jardín delantero del porche y,

antes de utilizar su llave para entrar, mientras realizaba los pertinentes estiramientos, recordó las tardes de verano que pasaba precisamente allí, sentado en una silla blanca, observando cómo se mecía la bandera americana con la suave brisa, conversando con su abuela sobre el pasado, sobre el presente e incluso sobre el futuro —uno que ella idealizaba—, al tiempo que miraban el ir y venir de los niños al río, a las vecinas que se acercaban a hablar con ellos y el apacible trajín de sus habitantes.

Jack había pasado tantos buenos momentos en aquel pueblo que, aun sin ser de allí, se sentía un lugareño más. Entró y el inconfundible aroma del café recién hecho lo llevó hasta la cocina, donde se encontraba su abuela, vestida con unos vaqueros holgados y un jersey fino de color fucsia, preparando el desayuno. Savannah siempre había sido una persona moderna, incluso entonces, con setenta años, seguía gustándole vestir con colores alegres, pues creía que eso la ayudaba a mantenerse en aquel estado de ánimo. Llevaba el cabello rubio cardado, algo que la ayudaba a añadir un par de centímetros a su reducida estatura.

—Qué pronto te has despertado, Jack —le dijo al verlo entrar.

—Me apetecía correr un rato antes de hablar con los Harris.

—Ay, hijo, aún no me creo que hayas accedido a diseñarles su nueva casa. Anoche Scarlett estaba tan feliz de saber que se la harías tú, que estoy segura de que nada más por la publicidad que te va a hacer te encargarán más proyectos.

—Si es así, les tocará esperar... Tenemos una agenda muy apretada, abuela. A Scarlett le he hecho un peque-

ño favor haciéndole un hueco entre los otros proyectos que tenemos en marcha...

—Ay, mi nieto, ¡si es que vales tu peso en oro! —exclamó ella con orgullo mientras sonreía.

—Es lo menos que puedo hacer por tu amiga.

—Ay, mi amiga —susurró Savannah, llevándose una mano a la cadera—. He hablado hace un ratito con Alice y están más que preocupadas.

—¿Y eso?

—Pues por Tina, cómo no, esa chica es una polvorilla. Esta mañana le ha dado por decir que quiere marcharse a Chicago y que no hace falta que le incluyas una habitación en la nueva casa de su madre...

—¿Y eso? ¿No estudiaba por aquí cerca?

—Ya terminó la carrera... —contestó Savannah, para después quedarse un segundo en silencio, pensando en todo lo que le había contado su amiga—. ¡Imagínate cómo están Alice y Scarlett! Al borde del soponcio. Con lo cabra loca que es Tina, es capaz de poner del revés Chicago.

—No creo que sea para tanto... —respondió Jack con una sonrisa, pues no la veía tan alocada como siempre decía su abuela que era.

—Tú no la conoces, cariño. En fin, veremos qué pasa con ella, porque, vamos, si no encuentran una solución que guste a las dos partes..., ¡arderá Troya!

—Seguro que todo se arregla, abuela —dijo Jack con cariño, intentando tranquilizarla—. Me voy a duchar y bajo.

—Sí, date prisa —contestó ella observándolo salir de la cocina mientras negaba con la cabeza.

Tenía el mejor nieto del mundo, un hombre bueno, leal, inteligente y con principios, además de ser el mejor

arquitecto de todo el condado de Illinois y, si por ella fuera, de todo el mundo.

—¿Qué te parece? —le preguntó Scarlett señalando a su alrededor, una extensión verde en las afueras de Galena.

—Tiene muchas posibilidades. Hay espacio suficiente para construir la casa que queréis —contestó Jack mientras escribía en su tableta todo lo que le habían dicho que querían incluir en su nuevo hogar.

Llevaban en ese lugar bastante rato, trabajando sobre el terreno, mirando dónde querían cada estancia y con qué orientación, cuántos metros deseaban para cada habitación, cuántas ventanas y un largo etcétera, que él apuntó con exactitud, para después trabajar en la oficina.

Observó a la pareja. Scarlett estaba exultante de felicidad, llevaba el cabello rubio sujeto en una coleta alta, se había puesto unas botas altas, un vestido sobrio de color marrón y encima una chaqueta que la protegía del frío. Jack la miró con mayor atención, intentando encontrar los rasgos que su hija había heredado de ella, pero lo único que pudo encontrar fueron los labios y su figura atlética, nada más. Supuso que Tina se parecería más a su padre, aunque él lo recordaba de manera muy vaga...

Le echó un vistazo a Hunter y recordó que su abuela le había contado que a este le costó bastante que la desconfiada Scarlett se lanzara de nuevo a los brazos del amor. Pero como siempre decía Savannah, el tesón hace más que el deseo, y después de mucho tiempo consiguió una cita y se trabajó la relación duramente,

demostrándole a Scarlett que no todos los hombres eran como su anterior pareja...

—¿Crees que podrás empezar pronto? —preguntó Hunter mientras se acariciaba su bien cuidada barba de tres días, del mismo tono que su cabello, de un rubio oscuro. Era bastante más alto que Scarlett, pero no tanto como Jack, aunque lo que más llamaba la atención de él no eran los relojes ni las cadenas de oro que llevaba, sino más bien su prominente barriga.

—Lo intentaremos. Lo que más tiempo necesita son los planos, después habrá que pedir los permisos para comenzar la obra, hablar con un contratista de la zona o, si queréis, puedo traerme al mío, y empezar...

—Confiamos plenamente en ti, Jack. Contrata al personal que tú veas. Queremos tener lista la casa para luego fijar la fecha de la boda —explicó Scarlett con emoción mientras se abrazaba a su futuro marido.

—¿Sabes si Tina quiere algo concreto para su dormitorio? Al final no pude hablar con ella anoche en la boda... —dijo él, guardándose para sí la información que le había dado su abuela. Tal vez Tina había cambiado de idea y sí deseaba un dormitorio en la nueva casa.

—Volvernos locos, eso es lo que quiere —contestó Hunter negando con la cabeza, en clara desaprobación de la conducta de su futura hijastra.

—Cariño... —susurró Scarlett. A juzgar por su tono de cansancio, parecía que esa conversación era normal en la pareja—. Perdona, Jack, hazla como tú veas. Dice que no tiene ninguna preferencia...

—Lo que tiene que hacer es ponerse a trabajar y dejar de dar tumbos por doquier —soltó Hunter, haciendo que Jack lo mirase con atención, más por su tono de enfado que por sus palabras.

—Estaba trabajando hasta hoy —contestó Scarlett, cruzándose de brazos.

—Siempre la estás defendiendo, Scarlett. No puede ser que Tina siga viviendo bajo el mismo techo que tú. ¡Por el amor de Dios, ya tiene veinticinco años!

—¡Es mi hija, Hunter! Y vivirá conmigo hasta que ella decida —soltó Scarlett con coraje, haciendo que él mirase hacia otro lado, como si no quisiera rebatirle esa afirmación—. Además, ya tengo bastante con saber que ahora quiere marcharse de Galena...

—¡Pues que se marche! —soltó Hunter de malas maneras.

—¡¡Hunter!! Cómo se nota que no tienes hijos —susurró ella con aflicción mientras negaba con la cabeza desaprobando su conducta—. Quiere marcharse a la ciudad, ¿tú sabes lo que puede significar eso? —añadió, mirando a su prometido con temor.

—Pues viniendo de tu hija, problemas.

—Sí... ¿Cómo voy a centrarme en la casa, en los preparativos de la boda y en todo lo demás, si sé que ella está sola en la ciudad?

—Scarlett, tienes que cortar ya el cordón umbilical... Me imagino que será difícil, pero Tina ya no es una niña. Deja que cometa sus propios errores —contestó Hunter, suavizando bastante su tono de voz, como si deseara que ella entendiese que era de vital importancia hacer precisamente lo que no paraba de sugerirle, que la dejara volar y se centrara en él, en su matrimonio y en pasarlo bien. ¡Ya les tocaba disfrutar!

—Eso es lo que me asusta: sus errores... —susurró Scarlett con tristeza.

—Bueno —carraspeó Jack, intentando centrar el tema de nuevo en la casa, pues esa era una conversación

demasiado personal como para que él estuviera escuchándola—, voy a comenzar a trabajar en los planos, contando con el presupuesto que me habéis dicho que tenéis. En cuanto los tenga, iré al pueblo lo antes posible para poder realizar los trámites y contratar al personal que necesitaremos. Cualquier duda o idea, me llamáis.

—Gracias, Jack —dijo Scarlett con una sonrisa—. Y perdona por la conversación que acabamos de tener Hunter y yo... Seguro que te hemos incomodado... Pero es que anoche Tim cortó con Tina y ella no ha querido salir de su habitación y mucho menos venir hasta aquí para ver el terreno y yo..., bueno, sé que Hunter en parte tiene razón, pero ella siempre será mi niña... —concluyó, afectada por todo lo que le había sucedido a su hija.

—No te preocupes, Scarlett, lo entiendo y si está en mi mano ayudar a Tina en Chicago, no dudes que lo haré encantado... —contestó con una sonrisa.

—¿En serio? Oh, Jack, Savannah siempre dice que tiene el mejor nieto del mundo y la verdad es que no exagera. Pero ¡es una gran idea! De nuevo, gracias.

—De nada, para eso estamos los vecinos, ¿no? Bueno, os dejo ya, seguimos en contacto —se despidió Jack y se dio la vuelta para dirigirse a donde tenía estacionado el coche.

Se dirigió a casa de su abuela recordando la alegría de Scarlett cuando se había ofrecido a ayudar a Tina en Chicago. La verdad era que, en parte, esa alegría le extrañó. ¿Acaso no era normal echarse una pequeña mano?

Si al final recurrían a él, podría hablar con un par de amigos que estaban en el negocio inmobiliario en

Chicago; seguro que podría encontrar un apartamento pequeño perfecto para Tina e incluso podría ayudarla a encontrar trabajo. ¡Es más! Hasta estaba dispuesto a contratarla como ayudante en Grupo 87, con tal de que Scarlett se relajara y pudiera disfrutar de su nueva relación. Por lo que le había contado su abuela, la mujer lo había pasado realmente mal cuando el padre de Tina las abandonó años atrás, convirtiéndose, por aquel entonces, en el centro de todas las conversaciones. Fueron unos años duros para ella, que se volcó en cuerpo y alma en su pequeña hija, ayudada, claro está, por Alice, que las acogió bajo su techo...

Cuando llegó a casa de su abuela, estacionó su coche, un BMW X2 negro, junto a la acera, subió al porche y abrió la puerta, pero dentro se encontró el silencio, en vez de la alegre voz de Savannah saludándolo. Jack pensó que seguramente estaría en casa de Alice, algo muy normal, si no estaba una en una casa, estaba la otra.

Se dirigió a su dormitorio para preparar el equipaje, no quería que se le hiciera muy tarde, aún le quedaba todo el camino de regreso a Chicago y eso era conducir poco más de tres horas. A la mañana siguiente tenía que estar bien temprano en la oficina.

Al abrir la puerta de su habitación, se encontró con la versión de Tina que él recordaba y no la que descubrió en la boda: una demasiado despampanante como para reconocerla. Esta estaba sentada en la silla de su escritorio, con una pierna encima del asiento, mientras tecleaba en el ordenador.

—Savannah, ¡creo que lo he encontrado! —exclamó con alegría, pero al volverse y verlo se levantó de golpe de la silla, con tan mal tino que esta se volcó y

cayó al suelo con un gran estruendo—. ¿Qué haces aquí?

—Esa pregunta te la tendría que hacer yo, ¿no? —respondió Jack mirándola moverse nerviosa por su dormitorio.

Tina levantó la silla rápidamente y con torpeza, para después salir del navegador tras eliminar el historial de búsqueda en tiempo récord.

Jack observó su cabello, de un tono castaño oscuro, suelto, mucho más largo de como lo recordaba. Llevaba ropa demasiado holgada, de colores neutros, el blanco del jersey se confundía con el gris de los pantalones, que no la favorecían en absoluto. No obstante, siempre había sido una muchacha bonita, de rasgos elegantes, grandes ojos pardos, nariz respingona, labios rosados bien definidos y una altura por encima de la media.

—Savannah me deja utilizar tu ordenador. El mío va muy mal... pero me marcho ya —añadió mientras avanzaba hacia la puerta.

—Espera un segundo, ¿qué habías encontrado?

—¡Cosas mías! —contestó escabulléndose y comenzando a bajar la escalera apresuradamente.

—¿Por qué no has venido a ver el terreno que ha comprado Hunter para vuestra futura casa?

—Dirás para la futura casa de mi madre. Dudo que duerma alguna vez en ese sitio... —murmuró, sin dejar de descender la escalera, mientras él la seguía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañado.

Pero justo en ese momento, la puerta de entrada se abrió y aparecieron Savannah, Alice y Scarlett.

—¡Jack! —exclamó su abuela al verlo—. Ay, tesoro... —añadió—, Scarlett me acaba de contar lo que vas a hacer por Tina. ¡Eres un amor!

—¿Qué va a hacer por mí? —preguntó la aludida con desconfianza, mientras se acercaba a ellas.

—Cariño, vas a poder irte a Chicago. Jack se ha ofrecido a ayudarte mientras estés allí —anunció Scarlett con alegría, al haber dado con la solución perfecta para que ambas, madre e hija, ganaran aquella pequeña batalla.

—No necesito la ayuda de nadie —soltó Tina, sin disimular su desagrado.

—Este hombre es una caja de sorpresas. ¡¡Ofrecer su propia casa para que nuestra Tina viva con él un tiempo!! —exclamó Alice con gran emoción mientras le cogía las manos a su gran amiga Savannah, y Jack, al lado de su abuela, se quedaba de piedra ante aquella afirmación que jamás había salido de sus labios. Ayudarla a encontrar un piso, sí, un trabajo, también... Pero ¡no que viviera con él!

—Mi Jack siempre tan dispuesto a ayudar —susurró su abuela con los ojos brillantes, mirándolo con adoración.

—¡¿Cómo?! —soltó Tina envalentonada, mirándolo desafiante a los ojos.

—Savannah —prosiguió Alice, obviando la cara de enfado de su nieta, que parecía al borde de un ataque de nervios—, no sé cómo os podremos agradecer este detalle que ha tenido tu nieto... Scarlett estaba a punto de tener un soponcio solo de pensar que estaría sola en la ciudad, pero sabiendo que Jack estará allí para protegerla y cuidar de ella, podemos respirar tranquilas. ¡Nuestra Tina estará bien!

—¡Ni hablar! —gritó Tina con rabia, haciendo que Jack respirase tranquilo. Por lo menos ella no estaba de acuerdo con aquella decisión disparatada que habían tomado sin su consentimiento.

—O te vas a su casa o no te vas a Chicago, tú decides —susurró Scarlett con tranquilidad, mirándola fijamente.

—No puedes hacerme esto, mamá. Soy mayor de edad, ¡yo tomo mis decisiones! —replicó Tina cabreada.

—Sí, esas decisiones que te han llevado de trabajo en trabajo y de novio en novio sin sentar la cabeza, añadiendo rumores por culpa de tu manera de ser. ¡Deja de dar rodeos y madura de una vez por todas, Tina! —exclamó Scarlett con dureza.

Jack se sorprendió, porque nunca la había visto así de enfadada.

—¡Esto es increíble! —bufó Tina con frustración, al verse entre la espada y la pared.

—Será algo momentáneo, Tina, solo unas semanas o, como mucho, un par de meses. Hasta que te estabilices, tengas un trabajo, sepas cómo moverte por Chicago y encuentres un apartamento que puedas costearte... No podemos hacerle este feo a Jack. Se ha ofrecido a ayudarte, tienes que dejar que lo haga —comentó Alice con ternura, intentando apaciguar los ánimos de su nieta—. Los Thompson siempre se han portado bien con nosotros, no podemos quedar mal con ellos...

—Como los Harris con nosotros —añadió Savannah con una sonrisa, haciendo que los dos nietos se mirasen con seriedad y desconfianza.

Tina cerró los ojos un instante para controlarse, porque lo tenía más que claro: ¡no quería irse a vivir con Jack! Los abrió y se quedó mirando a todos los presentes, intentando asimilar la situación, hasta que sus grandes ojos castaños se detuvieron en él. Lo miró mucho rato, o por lo menos eso fue lo que le pareció a

Jack, que no sabía qué decir: fuera lo que fuese, los Harris se lo podrían tomar a mal, y los Harris —como bien había dicho su abuela— siempre se habían portado bien con su familia. Es más, eran los únicos que estaban pendientes de Savannah y él siempre podía contar con Alice o con Scarlett para que le informaran por teléfono de si su querida abuela estaba enferma o baja de ánimo. ¿Cómo podía decirles que todo había sido un malentendido y que él jamás había sugerido tal cosa? ¿Cómo podía decirles que ese contratiempo pondría patas arriba su bien trabajada rutina?

—De acuerdo —masculló Tina desafiante—. ¡Que así sea!

Y con esas palabras, pronunciadas como si fueran una amenaza, con un tono de voz duro y afilado, salió de la casa de Savannah seguida por su madre y su abuela, que volvieron a darle las gracias a Jack por lo que iba a hacer por ella.

—Madre mía, hijo, ¡no sabes dónde te has metido! —susurró luego Savannah negando divertida con la cabeza—. Vas a necesitar toneladas de paciencia con esa chica e ir con mil ojos...

Jack asintió, se había metido en un buen lío sin quererlo y lo peor era que no podía hacer nada para enmendarlo. Pero bueno, solo sería temporal... Unas semanas o tal vez un par de meses como mucho, como habían dicho... Tampoco sería tan grave que Tina viviera en su casa, ¿no?